

Año santo y Xacobeo

CUALQUIER descuidado observador puede caer en la cuenta de que, desde el principio de 1993, una avalancha de peregrinos abarrota la ciudad compostelana, sobre todo los fines de semana o días de fiesta y «puentes». Y esto antes de que haya comenzado el verano, que es la época tradicional de la peregrinación.

Se celebra el Año Santo compostelano siempre que la fiesta del apóstol Santiago, 25 de julio, cae en domingo. Cuatro jubileos según este ritmo: 6-11-6-5. El anterior Año Santo se celebró en 1982.

Desde entonces han cambiado las cosas. Los que viven en la prodigiosa ciudad de Santiago advierten que en los últimos años ha venido creciendo sin intermitencia el número de viajeros, sean turistas o peregrinos. Esto incita a pensar que el fenómeno santiaguista va a más.

Llama fuertemente la atención, en 1993, la campaña publicitaria tan intensa y tan extensa que se viene realizando.

La Xunta ha tomado la iniciativa de promover este acontecimiento de raíz religiosa. Quizá como fruto de esto se ha producido un cierto vuelco. Porque hasta ahora, si se nos permite una simplificación, Compostela era más estimada en Europa que en España y en España más que en Galicia. La devoción jacobea se ha venido cultivando casi continuamente sobre todo en Francia y en Alemania y ha ido creciendo en los últimos años. Este año santo de 1993 ha cambiado el

panorama. Aumentan las peregrinaciones europeas y también las españolas, que algunos críticos relativizan como turismo barato. Pero, sobre todo, aumentan las gallegas. Parece como si Galicia entera se pusiera en camino hacia Compostela.

Ambigüedades

ACERCARSE a una realidad de tantos siglos como es la peregrinación a Santiago exige abrir el corazón. Es digna de estima y respeto. La ruta jacobea ha dejado sus huellas en los caminos de Europa a lo largo de siglos. Pero sería muy peligroso abrir sólo el corazón y no abrir también los ojos. Porque el sendero a Santiago tiene curvas, recovecos, ambigüedades.

Es ambigua la campaña publicitaria. Protagonizada por el Gobierno gallego es una campaña muy costosa para la promoción económico-cultural de Galicia. La Xunta ha tomado la iniciativa de promover este acontecimiento, rescatando, con sentido publicitario, un viejo nombre de tradición y de fuerte reclamo: Xacobeo. Las autoridades religiosas se han sentido incómodas y vienen denunciando la secularización de un asunto que tiene denominación de origen religioso.

Es ambigua la propia peregrinación. Las peregrinaciones jacobeanas, como cualesquiera otras, siempre han obedecido a motivos dispares, aunque en su origen haya prevalecido el factor religioso. Pero este factor ha estado perseguido siempre por intereses económicos y culturales y otros aprovechamientos colaterales, tales como el bandidismo, la mendicidad, la prostitución. El Veneranda dies hace una descripción de los abusos con ingenua morosidad. Algunos «delegaban» en otras personas el cumplimiento de la peregrinación a Santiago mediante el pago de una suma de dinero. La peregrinación se convertía en ostentación de ricos y en «negocio» de aprovechados que encontraban así un modo de ganarse la vida. A veces la peregrinación era fruto de una imposición judicial, prescrita por los jueces. Pero con esto se

«limpiaban» las ciudades de indeseables que, convertidos en malhechores, acechaban al borde del camino a los peregrinos.

Son ambiguos algunos «protagonistas» destacados del Año Santo/Xacobeo/Compostela 93, es decir, la Curia Arzobispal, la Xunta de Galicia, presidida por el Partido Popular, y el PSOE que preside el Ayuntamiento y ha entrado en liza al promover «su» alternativa: Compostela 93. Así, el arzobispado concede indulgencias pero se mueve con dificultad en el ámbito económico. La Xunta, al parecer sobrada de dinero, financia campañas que, a los ojos de algunos, suponen un despilfarro injustificable. El Ayuntamiento, también a base de gastos, hace la competencia a la Xunta para llegar, en definitiva, a una misma meta.

Asumir con lucidez las ambigüedades

SIN embargo, de ninguna manera rechazamos de plano ni el Año Santo ni la peregrinación a Santiago. La vida de la persona se mueve siempre entre los más generosos propósitos y las realizaciones más interesadas. Pretender vivir en un ámbito sin ambigüedades, que cada uno además tenemos en nuestra propia casa, equivale a introducirse en el túnel del tiempo o encapsularse en una aislante burbuja.

Porque el Año Santo, o si se quiere más complejamente el fenómeno jacobeo, encierra no pocas virtualidades para aquel entrañable trozo de nuestra comunidad nacional, que tantas veces ha quedado relegada al pelotón de cola.

Galicia está endémicamente aquejada de problemas graves. Al mismo tiempo ha sido confluencia de caminos y gentes del mundo. Es comprensible que quiera aprovechar esta conmemoración para dar un salto hacia el futuro. Enarbolar el año santo exclusivamente para hacer promoción de la tierra o el turismo sería una manipulación vergonzante. Reducirlo a entrar por la puerta santa de la catedral de Compostela y ganar el jubileo sería un espiritualismo atemporal. Entre esas dos orillas, está la exigencia de revivir

y renovar —que no restaurar— la experiencia religiosa de siglos.

Los años santos de Compostela son **A gran perdoanza**. La celebración del perdón de Dios, que arranca de la tradición del Antiguo Testamento. Cada siete años los esclavos tenían que ser liberados y la tierra y los animales de labranza tenían un «año sabático» de descanso. La creación entera —hombres, animales, tierra— era liberada. Cada cincuenta años (siete veces siete años) se celebraba el «año jubilar»: los bienes, que podían haber pasado a otras manos, volvían a sus dueños primitivos. Así, un año jubilar vuelve a hacer brillar con fuerza el rostro acogedor de un Padre común, Dios, sobre los rostros reconciliados de los hombres.

ESTE ideal ha ido quedando ajado en la tradición bíblica y en la historia de los cristianos. Hemos mencionado más arriba algunas de las manipulaciones que han ido adulterando el contenido y la exigencia de los años santos. Hace unos decenios, Compostela tenía importancia para Galicia en el ámbito de los estudios universitarios y en el campo de la medicina. Aquí llegaban los hijos de los pudientes buscando hacer carrera o acudiendo los labriegos al templo de Esculapio cuando la enfermedad llamaba a sus puertas de forma solemne. Desde el punto de vista religioso el marco territorial de la influencia de Santiago, en un pasado no remoto, apenas rebasaba los límites de la ciudad. Aun hoy día sería penoso que una buena parte de las gentes que van a Santiago se limitaran a besar las jambas gastadas de la Puerta Santa y golpearan la cabeza contra el «santo dos croques» creyendo que con ello y unas breves oraciones ya habían ganado el jubileo. Quienes tienen responsabilidad en la Iglesia se encuentran ante la pregunta de si han hecho un esfuerzo serio y perceptible por corregir la imagen de automatismo religioso de la expresión «ganar el jubileo». ¿Hay en Santiago una atención pastoral organizada que no se limite a recibir amistosamente a los peregrinos, expedirles el certificado de peregrino y lanzar por las naves el botafumeiro? ¿Se ofrece de forma asequible a muchos una catequesis que dé a los peregrinos las razones de la fe y la

esperanza en Cristo y reavive saludablemente las exigencias de la fe cristiana? Hace siglos, Gregorio de Nisa escribía: «Si estás lleno de malos propósitos, aunque peregrines al Gólgota o al monte de los Olivos, estás lejos de Cristo». Y más en concreto un franciscano del s. XIII, Berthold von Regensburg, afirmaba: «Podrías ganar más gracia en una misa que si vas y vuelves a Compostela».

Tarea personal

EL año santo compostelano tiene que ser leído no en clave jurídica ni mecánicamente piadosa sino simbólica. «No eres tú quien hace el camino; el camino te hace a ti». Esta es la experiencia de los que emprenden la ruta jacobea y que, sean cristianos o agnósticos, confiesan que el camino les ha ido transformando, aunque no necesariamente conduzca a todos a la confesión gozosa de la fe. «El camino de Santiago —afirma un conocido teólogo gallego, Andrés Torres Queiruga— simboliza con peculiar energía toda la honda significación del **homo viator**: el hombre y la mujer que, trabajados por el hambre de transcendencia, quieren recorrer su vida hasta los límites de su propio ser; reconociéndose tierra, saben que son algo más que tierra. El camino es contacto que pasa y trasciende».

Un camino, el de Santiago, conoce ahora una nueva etapa de fecundidad. La vida es un caminar. Ponerse en camino nos hace caer en la cuenta de que hay realidades en la vida que tienen valor, pero no se venden; no se conquistan, sino que se reciben con corazón agradecido. Un símbolo —el camino de Santiago— que alguno puede iniciar por curiosidad, por turismo, tal vez acaba llevando más allá de donde se había pensado. Renovar en profundidad el valor de la peregrinación a Santiago es tarea importante. Los creyentes no rechazamos el aumento del turismo, la promoción económica, la difusión cultural, realidades todas presentes en el Xacobeo. Pretendemos no quedarnos ahí sino emprender la ruta hacia el sepulcro del apóstol, hacia los orígenes de nuestra fe. ¿Estamos dispuestos a hacer «ese» camino de Santiago?